

## ESBOZO CRÍTICO Y ANALÍTICO DE LA TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES DE ADAM SMITH

Juan Luis GONZÁLEZ ALCÁNTARA\*  
Fernando SOSA PASTRANA\*\*

SUMARIO. I. *Introducción*. II. *Breve reseña biográfica e ideológica de Adam Smith*. III. *La teoría de los sentimientos morales*. IV. *Conclusiones*. V. *Bibliografía*.

### I. INTRODUCCIÓN

Uno de los grandes pensadores que ha tenido la humanidad es precisamente Adam Smith, pues sus ideas y concepciones teóricas, sobre todo las contenidas en su obra denominada *La riqueza de las naciones*, han tenido una gran cantidad de seguidores intelectuales, refractarios y hasta la fecha sigue siendo el eje central de múltiples discusiones teóricas, académicas, intelectuales e ideológicas.

Sin embargo, poco se ha analizado la complejidad del pensamiento de Smith, más allá del contenido de su obra *La riqueza de las naciones*, a pesar de que esta obra sólo es una parte de la tríada tópica en la que Smith trató de justificar y explicitar la evolución de las instituciones, en específico las relacionadas con el derecho de propiedad, como medio para detectar las causas y consecuencias del progreso de la humanidad.<sup>1</sup>

En efecto, como explica Miguel Alfonso Martínez-Echevarría, para Adam Smith el progreso de la humanidad debía estar apoyado en los principios de una jurisprudencia que fungiera como una armazón teórica que pudiera sustentar una nueva ciencia moral, estructurada en tres grandes

\* Investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

\*\* Profesor en la Facultad de Derecho de la UNAM.

<sup>1</sup> Cfr. Martínez-Echevarría, Miguel Alfonso, "Adam Smith", en Domingo, Rafael (ed.), *Juristas universales*, Madrid, Marcial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales, 2004, vol. II, p. 641.

apartados: a) una teología natural, que contuviera las pruebas racionales sobre la existencia de Dios y la demostración de sus atributos; b) una ética, donde se pudiera explicitar con precisión y claridad cómo la sociabilidad influye en el carácter de los individuos, y que fue precisamente la línea básica y fundamental de su libro *Teoría de los sentimientos morales*, y c) una explicación de la génesis y desarrollo del progreso de la sociedad, a partir de una jurisprudencia encaminada a dar plena actualidad a los principios de una “libertad natural”, y que es el argumento, *grosso modo*, de su obra *La riqueza de las naciones*.<sup>2</sup>

A diferencia de lo que Smith buscaba en los tres apartados anteriores, es decir, que hubiera una coherencia y completitud que permitiera entender y elaborar una nueva ciencia moral, algunos autores han considerado que, por el contrario, existe una especie de ruptura o contradicción entre el pensamiento de Smith en la *Teoría de los sentimientos morales* y en *La riqueza de las naciones*; de ahí que resulte de suma importancia volver a retomar el estudio de la concepción moral que Smith elaborara, para poder vislumbrar con total plenitud su pensamiento e ideología.<sup>3</sup>

Es de aclararse que no se busca en el presente trabajo mostrar o explicitar cómo es o el porqué de la ruptura del pensamiento de Smith entre su *Teoría de los sentimientos morales* y *La riqueza de las naciones*, sino plantear algunos esbozos metodológicos que permitan ser una introducción para un análisis más profundo de la concepción de la moral para Smith. Lo que consideramos sumamente importante, pues la concepción de moral de Smith, al ser incluida en las discusiones que han surgido actualmente en relación con la moral y el derecho, y las concepciones éticas de la actividad jurisdiccional y de los operadores jurídicos de nuestra sociedad, las puede enriquecer, complementar, justificar o ampliar.

## II. BREVE RESEÑA BIOGRÁFICA E IDEOLÓGICA DE ADAM SMITH

Para poder comprender el contexto en que un autor o pensador forja sus ideas es necesario entender el contexto individual en el que éste se desenvolvió, pues ahí se encuentra el arado que marca el derrotero intelectual que lo distingue, explica y justifica en contraposición con otros pensadores.

De ahí que consideremos pertinente hacer una breve explicación biográfica e ideológica de Adam Smith, para tratar de situar en su contexto individual el pensamiento moral de nuestro autor.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 643.

<sup>3</sup> *Cfr. ibidem*, p. 645.

Adam Smith nació en 1723 en el pueblo pesquero de Kirkcaldy, cerca de Edimburgo, Escocia, y murió en esta última ciudad en 1790. Cursó los estudios elementales en su aldea natal, y su formación superior se desarrolló en las universidades de Glasgow y Oxford. En la primera de ellas se hizo cargo de la cátedra de lógica en 1751, a los 28 años de edad, para después ocupar la de filosofía moral, la que impartió hasta 1763.

Una parte muy importante de su formación intelectual la constituyó su estancia en Francia durante casi tres años, de principios de 1764 y hasta finales de 1766, teniendo entonces la oportunidad de tratar con los más notables filósofos y economistas fisiócratas galos de la época. También dejaron su huella los contactos con Voltaire en Ginebra.

En cuanto a su formación ideológica e intelectual, no puede considerarse que Smith sea, en sentido estricto, un “jurista” o un “economista”, pues acorde a la época del autor, no existía una separación o enfrentamiento entre la economía y el derecho, de ahí que su pensamiento amalgame a ambas disciplinas, sin que por eso se pueda considerar que exista un sincretismo metodológico en sus planteamientos, sino que respondía precisamente a la visión estrecha entre la economía y el derecho que en esa época imperaba; sin embargo, el propio Smith siempre se consideró a sí mismo como un profesor de moral, tal como se entendía en el seno de la Ilustración escocesa de finales del siglo XVIII.<sup>4</sup>

Ampliamente conocido por su obra *La riqueza de las naciones* (*The Wealth of Nations*), que le granjeó entre muchos autores el hiperbólico y discutido título de “Padre de la Economía Política”, Smith es también un profundo filósofo de la moral que legó a la cultura occidental interesantes reflexiones éticas en su obra *Teoría de los sentimientos morales* (*Theory of Moral Sentiments*), publicada por primera vez en 1759, y de cuyo análisis crítico nos ocuparemos en esta ocasión.

Como explica Martínez-Echevarría, el punto central de las reflexiones intelectuales de Smith fue el diseño de una ciencia de la moral como consecuencia de las influencias pietistas y racionalistas del calvinismo y el janseñismo, es decir, una ciencia de la moral, no fruto de una concepción individual, sino fundamentada sobre la acción colectiva y el orden social.<sup>5</sup>

No fue ciertamente Smith el primer filósofo que buscó el criterio de moralidad de las acciones humanas fuera del entendimiento, en la sensibilidad o emotividad del hombre. Antes que él, Demócrito (cerca del 460-370 a.C.) afirmó que los actos humanos son morales o virtuosos en la medida en que

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 641.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 642.

independizan al hombre de los deseos y de las cosas exteriores, produciendo en su alma un estado constante de alegría y serenidad.<sup>6</sup>

Aristipo de Cirene, fundador de la corriente conocida como hedonismo, sostuvo que es moral o virtuoso todo aquello que le produzca al hombre placer, sobre todo placer físico, ya que en éste estriba precisamente su felicidad (435-354 a.C.).<sup>7</sup>

Epicuro (341-270 a.C.) desarrolló una teoría hedonística más elevada, identificando la felicidad del hombre con el máximo placer, tanto material como espiritual, combinado con el mínimo de dolor,<sup>8</sup> y calificando de moral todo aquello que sirva de medio para el logro de esta combinación ideal.

El hedonismo resurgió en la Edad Moderna con Pedro Gassendi (1592-1655) y con los materialistas y sensualistas franceses, tales como Helvecio (+ 1771), quien enseñó que el hombre, en todas sus acciones, únicamente busca el placer y huye del dolor, por lo cual será virtuoso todo lo que procure placer, y será pecado la abnegación, a no ser que próxima o remotamente sirva para aumentar el placer.<sup>9</sup>

Shaftesbury (1671-1713) edificó su ética en los efectos humanos o inclinaciones, distinguiendo entre ellas cuatro tipos: inclinaciones simpáticas (sociales), inclinaciones idiomáticas (egoístas), inclinaciones connaturales y afectos espirituales por los que estimamos la belleza y la bondad, y despreciamos la fealdad y la maldad; las inclinaciones connaturales siempre son malas, y las egoístas o idiomáticas lo son únicamente cuando se oponen a las simpáticas o sociales; la virtud o bondad moral consiste en la armonía o recta ordenación de todos estos afectos, de tal manera que inmediata o mediatamente sirvan para el bien de la especie humana; cuando esta armonía o recta ordenación se produce, se suscita el placer en nuestro sentido moral, que es una especie de instinto de nuestra naturaleza.<sup>10</sup>

Finalmente, Hutcheson (1694-1747), maestro de Smith, desarrolló la idea del sentido moral de Shaftesbury y afirmó que en forma instintiva sentimos lo que es bueno y lo que es malo; lo bueno halaga al sentido moral y lo malo lo perturba, lo que hace que nos inclinemos al bien y nos apartemos del mal.<sup>11</sup>

<sup>6</sup> Cathrein, Víctor, *Philosophia Moralis in Usum Scholarum*, Barcelona, Herder, 1959, p. 8.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>8</sup> Smith, Adam, *Teoría de los sentimientos morales*, trad. de Edmund O'Gorman, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1941, p. 31.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 34 y 35.

Una vez que se ha explicitado no sólo el contexto histórico y personal en que Smith se desarrolló, sino también ideológico y teórico, estamos en condiciones de analizar los postulados básicos de la teoría de la moralidad que nuestro autor desarrolla, así como sus principales ejes centrales.

### III. LA TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES

#### 1. *Consideraciones preliminares*

Previo al análisis que se efectuará de la mencionada obra, consideramos oportuno presentar los elementos centrales de uno de los primeros análisis que se llevaron a cabo de ésta, misma que condensa los puntos relevantes o los ejes rectores de la concepción moral de Smith, ya que será de utilidad para compenetrarnos, en términos generales, a las ideas centrales del pensamiento de nuestro autor.

En ese orden de ideas, uno de los análisis más destacados sobre el presente tema es el que realizó el profesor Dugald Stewart, quien consideró que la teoría de los sentimientos morales se sustenta en el principio fundamental de que los objetos primarios de nuestras percepciones morales son las acciones de otras personas, y que nuestros juicios morales en relación con nuestra conducta son sólo aplicaciones a nosotros mismos de sentencias que ya hemos formulado sobre el comportamiento del prójimo.<sup>12</sup>

El mencionado profesor reflexiona que tal principio fundamental implica dos investigaciones distintas, en la que la primera es explicar de qué manera aprendemos a juzgar la conducta de nuestro vecino, y la segunda es mostrar el cómo al aplicarnos tales juicios a nosotros mismos es que adquirimos un sentido del deber y una impresión de su autoridad suprema sobre todos nuestros principios.<sup>13</sup>

Stewart considera que los principios orientadores de la doctrina moral de Smith básicamente pueden concebirse a través de cinco proposiciones, de las que presentamos una síntesis a continuación:

- 1) Es sólo a través de nuestra propia experiencia que podemos formarnos alguna idea de lo que pasa en la mente de otra persona en cualquier ocasión concreta; y la única forma en que podemos formarnos

<sup>12</sup> *Cfr.* Stewart, Dugald, “Relación de la vida y escritos de Adam Smith”, en Smith, Adam, *Ensayos filosóficos*, trad. de Carlos Rodríguez Braun, Madrid, Ediciones Pirámide, 1998, p. 237.

<sup>13</sup> *Idem.*

esa idea es suponernos a nosotros mismos en las mismas circunstancias de dicha persona, y concebir cómo nos veríamos afectados en tal situación. A este principio de nuestra naturaleza que nos lleva a entrar en la situación de los demás y a compartir con ellos las pasiones que dicha situación tiende a provocar, se le da el nombre de simpatía, solidaridad o compasión.<sup>14</sup>

- 2) Una simpatía o solidaridad entre personas diferentes es siempre agradable para ellas. Cuando yo estoy en una situación que estimula cualquier pasión, es placentero para mí saber que los espectadores de mi situación entran conmigo en sus diversas circunstancias y son afectados por ellas del mismo modo en que lo soy yo. Por otro lado, es satisfactorio para el espectador el observar esta correspondencia de sus emociones con las mías.<sup>15</sup>
- 3) Cuando el espectador de la situación de otro hombre, al asumir todas sus diversas circunstancias, se siente él mismo afectado del mismo modo que la persona principalmente concernida, aprueba el afecto o la pasión de dicha persona como justa y apropiada, y conforme a su objetivo. Pero en la corrección de cualquier afecto o pasión exhibidos por otra persona se debe entender su adecuación con el objeto que los provoca. Sólo puedo juzgar dicha adecuación a partir de la coincidencia del afecto con el que yo siento cuando concibo que estoy en idénticas circunstancias; y la percepción de esta coincidencia es la base del sentimiento de la *aprobación moral*.<sup>16</sup>
- 4) Cuando asistimos a la situación de otra persona, y nos concebimos ubicados en sus mismas circunstancias, surge naturalmente en nuestro espíritu una emoción análoga a la que ella siente; esta emoción simpatizadora guarda sólo una pequeña proporción, en términos de grado, con la experimentada por la persona principalmente afectada. Por tanto, para obtener el placer de la simpatía mutua, la naturaleza instruye al espectador para que eleve su emoción hasta el nivel que el objeto realmente produciría; y, por otro lado, instruye a la persona cuya pasión ha sido provocada por el objeto para que la modere, todo lo posible, hasta que se equilibre con el espectador.<sup>17</sup>
- 5) Sobre estos dos esfuerzos diferentes se fundan dos conjuntos distintos de virtudes. Sobre el esfuerzo del espectador para asumir la situa-

<sup>14</sup> *Ibidem*, pp. 238 y 239.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 239.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 239 y 240.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 240.

ción de la persona principalmente afectada y para elevar sus emociones simpatizadoras al nivel de las emociones del actor, se fundan las virtudes afables, las virtudes de la condescendencia sincera y el humanitarismo indulgente. Sobre el esfuerzo de la persona principalmente concernida para atenuar sus propias emociones, de forma de corresponder tanto como sea posible con las del espectador, se fundan las virtudes grandiosas, imponentes y respetables, las virtudes de la abnegación, del autocontrol, de la continencia de las pasiones que somete a todos los movimientos de nuestra naturaleza a lo requerido por nuestra dignidad y honra, y por la corrección de nuestra conducta.<sup>18</sup>

Dugald Stewart reflexiona que con base en tales especulaciones generales Smith logra examinar la medida en que los juicios de los seres humanos acerca de la misma son susceptibles de ser influidos, en casos similares, por las circunstancias prósperas o adversas del agente. Así, cuando no hay envidia en el caso, nuestra propensión a simpatizar con la alegría es mucho más intensa que nuestra propensión a simpatizar con la tristeza, y en consecuencia, es más fácil obtener la aprobación de los seres humanos en la prosperidad que en la adversidad; y es a partir de tal principio que Smith trata de rastrear el origen de la ambición y del deseo de jerarquía y preeminencia; el gran objetivo de tal pasión es acceder a la posición que coloca al hombre más a la vista de la simpatía y la atención general, y le proporciona un predominio fácil sobre los afectos de los demás.<sup>19</sup>

Consideramos que la explicitación proporcionada por Stewart, si bien no sustituye la lectura del texto de *La teoría de los sentimientos morales*, sí proporciona las bases mínimas y esenciales para comprender cuáles son los cimientos básicos en los que Smith sustenta sus pensamientos y que servirán de base para la crítica y análisis que en líneas posteriores se pretende realizar.

## 2. *Análisis crítico de la Teoría de los sentimientos morales*

Smith divide su obra en siete partes, de las que las más importantes son la primera, en la que habla de la propiedad, decoro o decencia (es decir, moralidad) de los sentimientos y de las acciones del hombre, con base en el sentimiento de la simpatía con los sentimientos de agradecimiento o de resentimiento que una persona experimenta por el beneficio o daño que le

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 240 y 241.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 240.

produce la acción de otra persona; la tercera, en la que busca el fundamento de nuestros juicios sobre nuestros propios actos y sentimientos, y explica en qué consiste el sentido del deber; la cuarta, donde expone los efectos de la apariencia de utilidad sobre el sentimiento de aprobación, y la séptima, que consiste en una revisión de los distintos sistemas filosóficos en cuanto al fundamento de la moralidad.

Para Smith, la moralidad de los sentimientos y acciones del hombre está ligada a la simpatía que dichos sentimientos y acciones despiertan en los demás. La simpatía es la capacidad que todos tenemos para alegrarnos con el bien ajeno y compadecernos o entristecernos con el mal ajeno. Este sentimiento es la base de una vida social solidaria, ordenada y productiva para todos.

Es, además, un sentimiento universal:

Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de los otros, de tal modo que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla. De esta naturaleza es la lástima o compasión, emoción que experimentamos ante la miseria ajena...<sup>20</sup>

El que con frecuencia el dolor ajeno nos haga padecer es un hecho demasiado obvio que no requiere comprobación, porque este sentimiento, al igual que todas las demás pasiones de la naturaleza humana, en modo alguno se limita a los virtuosos y humanos, aunque posiblemente sean éstos los que lo experimenten con la más exquisita sensibilidad. El mayor malhechor, el más endurecido transgresor de las leyes de la sociedad, no carece del todo de ese sentimiento.<sup>21</sup>

La simpatía, por la que nos solidarizamos con los sentimientos de los demás, no es intuitiva, es decir, no percibe directa o inmediatamente los efectos de los demás, sino que los capta o conoce a través de los datos objetivos externos de la situación en que los demás se encuentran:

Como no tenemos la experiencia inmediata de lo que otros hombres sienten, solamente nos es posible hacernos cargo del modo en que están afectados, concibiendo lo que nosotros sentiríamos en una situación semejante. Que tal sea el origen de nuestra condolencia (*fellow feeling*) por la desventura ajena; que el ponerse imaginativamente en el lugar del paciente sea la manera en que llegamos a concebir, o bien a resultar afectados, por lo que él siente,

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 52.

<sup>21</sup> Smith, Adam, *Teoría de los sentimientos morales*, cit., p. 52.

podría demostrarse con múltiples observaciones obvias, si no fuera porque creemos que es algo de suyo suficientemente evidente. Mas no son sólo estas circunstancias, incitadoras al dolor y al sufrimiento, las que provocan nuestra condolencia.<sup>22</sup>

Cualquiera que sea la pasión que proceda de un objeto, en la persona primariamente inquietada brota una emoción análoga en el pecho de todo atento observador con sólo pensar en la situación de aquélla. Nuestro regocijo por la salvación de los héroes que nos interesan en las tragedias o novelas es tan sincero como nuestra aflicción por su dolor, y nuestra condolencia por su desventura no es menos cierta que la complacencia por su felicidad. En todas las pasiones de que el alma humana es susceptible, las emociones del espectador corresponden siempre a lo que, haciendo suyo el caso, se imagina serían los afectos del que las sufre.

Esto es lo que Smith piensa de la simpatía, y nos parece que su concepción no presenta ningún problema en particular. Lo que presenta problemas —y muchos— son las relaciones que establece entre la simpatía y la moralidad humana; más en concreto, la forma en que erige a la simpatía como criterio de moralidad (a la que él llama decoro, propiedad o decencia).<sup>23</sup>

Nos es dable juzgar sobre la propiedad o impropiedad de los sentimientos ajenos por su concordancia o disonancia con los nuestros... Cuando acontece que las pasiones de la persona a quien principalmente conciernen se encuentran en armonía perfecta con las emociones de simpatía del espectador, por necesidad le parecerán a éste justas y decorosas, y adecuadas a sus objetos; y, por lo contrario, cuando poniéndose en el caso descubre que no coinciden con sus personales sentimientos, necesariamente habrán de parecerle injustas e impropias, e inadecuadas a los motivos que las mueven.<sup>24</sup>

Así, pues, serán morales o decorosos los sentimientos y acciones que susciten, mediante la simpatía, nuestra aprobación, y serán inmorales o indecorosos aquellos que hagan surgir nuestra desaprobación o censura. Smith refuerza estas ideas mediante los conceptos del mérito y el demérito, con los correspondientes de recompensa y castigo: "...Todo lo que parece ser objeto propio de la gratitud, parece merecer recompensa; y... del mismo modo, todo lo que parece ser objeto propio de resentimiento, parece merecer castigo".<sup>25</sup>

<sup>22</sup> *Idem.*

<sup>23</sup> *Idem.*

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 46 y 47.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 75.

El sentimiento que más inmediata y directamente nos incita a la recompensa es la gratitud; el que más inmediata y directamente nos incita al castigo es el resentimiento. A nosotros nos aparecerá, pues, como merecedor de recompensa, aquel acto que se ofrezca como el objeto propio y aceptado de la gratitud; así como, por la otra parte, aparecerá como merecedor de castigo aquel acto que se ofrezca como el objeto propio y aceptado del resentimiento.<sup>26</sup>

Así aparece una vez más la simpatía como criterio de moralidad: será moral un acto que provoque un agradecimiento con el que simpaticemos o aprobemos, porque el agradecimiento conduce a la recompensa y ésta se impone como consecuencia de la bondad moral del acto; por la misma razón, no será moral el acto en cuestión si no estamos de acuerdo en que deba provocar un resentimiento con el que simpaticemos o aprobemos, porque el resentimiento conduce al castigo y éste se impone como consecuencia de la maldad moral del acto; y por la misma razón, no será inmoral el acto en cuestión si no estamos de acuerdo en que deba provocar resentimiento.

El planteamiento de Smith que acabamos de esbozar suscita en nuestra mente varias interrogantes: *a)* ¿son morales los actos y sentimientos humanos que provocan nuestra simpatía, es decir, porque los aprobamos, o los aprobamos porque son morales?; *b)* ¿no es demasiado individualista el criterio de la simpatía, al hacer depender la moralidad de los sentimientos o actos de los demás del hecho de considerar que yo sentiría o haría lo mismo si me encontrara en las mismas circunstancias?; *c)* ¿son innatos los sentimientos de simpatía con que juzgamos la moralidad de los sentimientos y actos humanos?; y *d)* ¿es de orden meramente emotivo el proceso de la simpatía, o se funda, por el contrario, en consideraciones de índole racional? Trataremos, a continuación, de dar respuesta a las anteriores cuestiones.

*a)* De la respuesta que se dé a esta pregunta dependerá el que concluamos que Adam Smith considera que la simpatía es el criterio esencial o factor constitutivo de la moral (los actos y sentimientos son morales porque simpatizamos con ellos), o que tan sólo ve a la simpatía como indicio o criterio lógico para el conocimiento humano porque son moralmente buenos.

La filosofía católica tradicional o filosofía escolástica ha atribuido a Smith por lo general la primera postura, al catalogarlo como sensualista en cuanto al criterio constitutivo de la moralidad, según testifican los siguientes textos:

El escocés Adam Smith (1723-1790), más conocido como economista que como filósofo, estableció la moralidad sobre el principio sensualista de la sim-

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 75 y 76.

patía. El principio sensualista y utilitario resaltan en su obra clásica de economía política y en su *Teoría de los Sentimientos Morales*.<sup>27</sup>

El sensualismo reduce la norma de la moralidad a algunos sentimientos nobles, que pueden ser diversos, de donde se infiere que también las normas de moralidad pueden ser diversas. En concreto, se señala: el sentimiento de benevolencia (Shaftesbury, Hutcheson); el de simpatía (Adam Smith, 1723-1790); el del corazón (Hume, 1711-1776); el de la bondad (Rousseau, Diderot, 1713-1784; el de la conmiseración (Schopenhauer, Tolstoi, 1828-1910); el del altruismo (Saint-Simon, Comte)...<sup>28</sup>

Al igual que el cartesianismo, el kantismo dio pie a corrientes empíricas que renuevan, en una forma o en otra, la moral hedónica del placer sensible... mezclando el egoísmo con el altruismo. El egoaltruismo, o utilitarismo (con resabios cristianos), tiene dos representantes: Jeremías Bentham y John Stuart Mill. El altruismo desinteresado, o moral del sentimiento, o hedonismo espiritual: haz lo que te dicte el buen corazón (Rousseau y Jacobo); haz lo que te concilie la mayor simpatía ante los demás (e imparcialmente ante ti mismo), Adam Smith (1790).<sup>29</sup>

Nosotros pensamos que Smith adoptó en realidad la segunda postura (la simpatía no es la norma constitutiva de la moralidad, sino un medio para conocerla), soslayando o eludiendo de plano el problema de la fundamentación última de la moralidad (¿por qué algunos actos y sentimientos son morales y, como consecuencia de su moralidad, nos inspiran simpatía?). Basamos nuestra opinión en el hecho de que Smith, en repetidas ocasiones, da a entender que antes de brindar nuestra simpatía a un sentimiento ajeno, debemos considerar si dicho sentimiento es el que corresponde al objeto o causa que lo provocó.

Quizá esta adecuación o correspondencia objetiva entre el sentimiento y su causa es la fuente real de la moralidad que Smith no quiso señalar explícitamente, para no desvirtuar su fundamentación del orden moral en la simpatía. Y ésta es precisamente una de sus contradicciones.

b) Efectivamente, Smith reconoce que se incurriría en un excesivo individualismo si se juzgara la moralidad de los sentimientos y actos de otra persona únicamente por comparación con los propios. Más aún, admite que existe un gran peligro de parcialidad cuando juzgamos nuestros propios actos y sentimientos, aun cuando tratáramos de averiguar por nosotros mismos lo que los demás sentirían de nosotros. Para evitar esta posibilidad de

<sup>27</sup> González, Z., *Historia de la filosofía*, Madrid, Imprenta de B. M. Araque, 1879, p. 165.

<sup>28</sup> González, Ireneo, *Tractatus Philosophiae Moralis; et Philosophiae Scholasticae Summa*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C.), 1957, vol. III, p. 422.

<sup>29</sup> Cf. Martínez del Campo, Rafael, *Ética*, 2a. ed., México, Jus, 1958, pp. 35 y 36.

error por parcialidad, debemos juzgarnos a nosotros mismos y a los demás, teniendo en cuenta las reglas generales de moralidad, que se obtienen por inducción a partir de lo que los demás sienten acerca de situaciones determinadas.<sup>30</sup>

Escuchemos al propio Smith:

El principio por el cual aprobamos o reprobamos nuestra propia conducta parece ser, en todo, el mismo por el cual nos formamos parecidos juicios respecto de la conducta de las demás gentes... Aprobamos o reprobamos nuestra propia conducta, según que sintamos que, al ponernos en el lugar de otro o como quien dice mirar con sus ojos, y desde su punto de vista, nos es posible o no, simpatizar cabalmente con los sentimientos y motivos que la determinaron.<sup>31</sup>

Dos son las ocasiones en que examinamos la propia conducta y nos esforzamos por verla a la luz con que el imparcial espectador la vería. Primero, cuando estamos a punto de actuar; segundo, después de haber actuado. En ambos casos es muy fácil que nuestros juicios sean parciales... Cuando estamos a punto de actuar, la avidez de la pasión rara vez nos permitirá considerar lo que hacemos con el desapasionamiento de una persona indiferente.<sup>32</sup>

Una vez agotada la acción y una vez que las pasiones que la instigaron se han apaciguado, podemos, ciertamente, penetrar con mayor frialdad los sentimientos del espectador indiferente. Mas ahora nuestros juicios son por lo general de escasa importancia en comparación con lo que antes fueron, y con frecuencia no acarrear sino vanos remordimientos e inútil compunción, sin que esto nos asegure de no incurrir en iguales errores en lo porvenir.<sup>33</sup>

Sin embargo, la naturaleza no ha dejado esa humana flaqueza, que es de tanta importancia, sin algún remedio, y tampoco nos ha abandonado por completo a los engaños del amor propio. Nuestra constante observación de la conducta ajena, insensiblemente nos lleva a la formación de ciertas reglas generales relativas a lo que es debido y conveniente ya sea hacer o evitar. Algunas acciones de los otros escandalizan todos nuestros sentimientos naturales.<sup>34</sup>

Advertimos que todos los que nos rodean manifiestan igual aversión por tales actos. Esto de nuevo confirma y hasta agrava nuestro natural sentido de su deformidad... Tomamos la resolución de no hacernos culpables de semejantes actos ni, de este modo, convertirnos jamás, por ningún motivo, en objeto de universal reprobación.<sup>35</sup>

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 56.

<sup>31</sup> *Cfr.* Smith, Adam, *Teoría de los sentimientos morales*, cit., p. 99.

<sup>32</sup> *Idem*.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 105-107.

<sup>34</sup> *Idem*.

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 108 y 109.

Insiste Smith en que la aversión que experimentamos ante los actos malos procede de nuestra naturaleza, y no de la aplicación de la regla general al caso particular, en forma deductiva; pues tal regla general, al ser conocida por nosotros, no hace sino confirmar y aun agravar nuestro natural sentido de la deformidad de ciertos actos, o corregir las tergiversaciones causadas por nuestro amor propio y nuestras pasiones. Sin embargo, Smith no nos explica de qué privilegio de inmunidad goza la regla general para no ser minimizada u obnubilada por nuestras pasiones en el momento de actuar.

c) En cuanto al carácter innato de los sentimientos de moralidad o simpatía, el pensamiento de Smith no podía ser más confuso y contradictorio. Las reglas morales generales son, indudablemente, adquiridas, pues se obtienen a través de una inducción basada en la experiencia de lo que los demás sienten sobre determinados actos. El problema está en decidir si son innatos o adquiridos los propios sentimientos de moralidad y aquellos (los de todos los demás) de los que se desprenden las reglas generales de conducta.

Y es precisamente en este punto en el que Smith se contradice a cada paso. Ya niega, apartándose de Shaftesbury y de Hutcheson, la existencia de un sentido moral natural que nos permita captar inmediatamente la bondad o maldad de los actos humanos, al hablar de la parcialidad e imprecisión con que suelen juzgarse a sí mismos los hombres:

...Si fuese por una facultad especial, tal como se supone que es el sentido moral, por la que juzgasen de su propia conducta, si estuviesen dotados de un especial poder de percepción que sirviese para distinguir entre la belleza y la deformidad de las pasiones y afectos, como sus propias pasiones estarían más inmediatamente expuestas a la vista de esa facultad, resultaría que las juzgarían con más precisión que las de los otros hombres, de los que sólo tendrían una más lejana perspectiva.<sup>36</sup>

Luego, a una página de distancia, se contradice al afirmar que existe un natural sentido de la deformidad de ciertos actos: “Advertimos que todos los que nos rodean manifiestan igual aversión por tales actos. Esto de nuevo confirma y hasta agrava nuestro natural sentido de su deformidad”.<sup>37</sup>

Igualmente, parece estar en pugna con su negación del sentido moral su aseveración de que existen en el hombre sentimientos de moralidad instintivos, tendentes a su conservación en cuanto individuo y en cuanto especie, y a la conservación de la sociedad en que vive:

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 108.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 109.

Adviértase también que la presente investigación no se ocupa de una cuestión de derecho, por decirlo así, sino una cuestión de hecho. No estamos examinando por ahora sobre qué principios aprobaría a un ente perfecto el castigo de las malas acciones, sino sobre qué principios lo aprueba de hecho una criatura tan débil e imperfecta como es el hombre... Aunque el hombre... esté naturalmente dotado del deseo de bienestar y conservación de la sociedad, sin embargo, el autor de la naturaleza no ha confiado a su razón, descubrir que una cierta aplicación punitiva constituye el medio adecuado para alcanzar ese fin; sino que lo ha dotado de una inmediata e instintiva aprobación de la aplicación precisa que sea más adecuada para alcanzarlo. A este respecto, la economía de la naturaleza es exactamente de una pieza, como lo es en muchas otras ocasiones.<sup>38</sup>

En este párrafo se han basado muchos autores para concluir que, en definitiva, Smith postulaba el carácter innato e instintivo de los sentimientos morales tendentes a la felicidad y conservación del hombre y de la sociedad, y que, por lo tanto, el origen de dichos sentimientos se encontraba en la providencia divina; sólo que, de ser así, dicho bagaje providencial de sentimientos morales permanecería estático frente a una realidad social en constante cambio (pues no parece que Smith admitiera ulteriores intervenciones de la Providencia en la historia para transformar en los hombres sus sentimientos morales instintivos), y sufriría, bajo la forma de aberraciones morales, los impactos de esa cambiante realidad social; pero la mano invisible de Dios, que se deja sentir en los sentimientos morales, restablecería el orden moral violado, y haría que las aberraciones fueran pasajeras al ser superadas por dichos sentimientos.

Entre los sentimientos morales ocupa un lugar muy importante la justicia, que Smith entiende en un sentido conmutativo (no privar a nadie de lo que le pertenece), como condición necesaria para una pacífica y fructífera convivencia en la sociedad. A pesar de ser un sentimiento tan necesario a la comunidad, los hombres comunes no lo experimentan con suficiente fuerza, por lo que se hace necesario plasmarlo en reglas generales que se imponen a todos coactivamente (leyes).

d) Finalmente, en cuanto a la pregunta que nos planteamos sobre si la simpatía de que habla Smith es un proceso meramente emotivo o se funda en consideraciones racionales, aquí radica la incongruencia fundamental de que adolece el pensamiento del filósofo de Kirkcaldy; por una parte, en el capítulo II de la sección III, parte VII de su libro, Smith se dedica a demostrar que la simpatía o aprobación no es un acto intelectual, y en

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 93 y 94.

otro párrafo de su obra, que ya hemos citado, califica de inmediata e instintiva a la aprobación (y nada más contrario a lo racional que lo instintivo e inmediato), mientras que en el capítulo I de la sección I, parte I, explica, contradictoriamente, que los sentimientos de otra persona sólo podemos conocerlos mediante un análisis de su situación, y que, una vez así conocidos, sólo podemos simpatizar con ellos después de darnos cuenta de que son proporcionados o adecuados a su objeto o motivo, lo cual, aunque Smith no lo diga, implica todo un razonamiento.

En otras palabras, del pensamiento de Smith se desprende, quiérase o no, que por naturaleza nos interesamos en la suerte de los demás, pero de ese interés natural no se sigue espontáneamente nuestra simpatía, la cual está condicionada al análisis racional de la correspondencia adecuada entre sentimiento y causa en el sujeto al que juzgamos.

#### IV. CONCLUSIONES

*Primera.* La teoría ética de Adam Smith se fundamenta en la idea de que la moralidad de los sentimientos y acciones del hombre está ligada a la simpatía que dichos sentimientos y acciones despiertan en los demás. La simpatía es la capacidad que todos tenemos para alegrarnos con el bien ajeno y compadecernos o entristecernos con el mal ajeno. Este sentimiento es la base de una vida social solidaria, ordenada y productiva para todos.

*Segunda.* En términos más específicos, Smith consideró que la simpatía no es la norma constitutiva de la moralidad, sino un medio para conocerla, pero tal pensamiento tiene como debilidad que soslaya o elude el problema de la fundamentación última de la moralidad.

*Tercera.* A pesar de que Smith considera que la aversión que experimentamos ante los actos malos procede de nuestra naturaleza, y no de la aplicación de la regla general al caso particular, esto es, en forma deductiva, tal regla general, al ser conocida por nosotros, no hace sino confirmar y aun agravar nuestro natural sentido de la deformidad de ciertos actos, o corregir las tergiversaciones causadas por nuestro amor propio y nuestras pasiones, pero a pesar de lo antes expuesto, Smith es omiso al explicar de qué privilegio de inmunidad goza la regla general para no ser minimizada u obnubilada por nuestras pasiones en el momento de actuar.

*Cuarta.* Por tanto, si consideramos que Smith postulaba el carácter innato e instintivo de los sentimientos morales tendentes a la felicidad y conservación del hombre y de la sociedad, y que, por lo tanto, el origen de dichos sentimientos se encontraba en la providencia divina; sólo que, de ser así,

dicho bagaje providencial de sentimientos morales permanecería estático frente a una realidad social en constante cambio y sufriría, bajo la forma de aberraciones morales, los impactos de esa cambiante realidad social; pero la mano invisible de Dios, que se deja sentir en los sentimientos morales, restablecería el orden moral violado, y haría que las aberraciones fueran pasajeras, al ser superadas por dichos sentimientos.

*Quinta.* Por tanto, del pensamiento de Smith se desprende, quiérase o no, que por naturaleza nos interesamos en la suerte de los demás, pero de ese interés natural no se sigue espontáneamente nuestra simpatía, la cual está condicionada al análisis racional de la correspondencia adecuada entre sentimiento y causa en el sujeto al que juzgamos.

Concluiremos el presente trabajo con una cita del distinguido filósofo mexicano Eduardo Nicol, que expresa magistralmente esta íntima inconsistencia de la teoría de los sentimientos morales elaborada por Smith:

Esta cuestión está, por tanto, confusa, como en general toda la terminología relativa a los fenómenos afectivos. Al eludir la teoría del sentido moral, Adam Smith ha implicado en la simpatía, y de un modo más o menos subrepticio, las funciones intelectuales a las que, por otra parte, rechaza en el plano de la experiencia moral inmediata, y así ha mediatizado el fenómeno original y primario de la vida moral. Adam Smith no ha visto que la simpatía puede ser independiente no sólo, como él dice, de la compenetración afectiva, sino también del juicio de valor. No ha visto que la simpatía por alguien no consiste precisamente en compartir el sentimiento que vive este alguien, sino en otro sentimiento o experiencia más compleja, de raíz y cualidad distintas. No ha descubierto, en fin, en la simpatía, una dimensión más radical: que no simpatizamos con los sentimientos de las demás personas, sino con las personas mismas.<sup>39</sup>

## V. BIBLIOGRAFÍA

CATHREIN, Víctor, *Philosophia Moralis in Usum Scholarum*, Barcelona, Herder, 1959.

DOMINGO, Rafael (ed.), *Juristas universales*, Madrid, Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales, 2004, vol. II.

GONZÁLEZ, Ireneo, *Tractatus Philosophiae Moralis; et Philosophiae Scholasticae Summa*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C.), 1957, vol. III.

<sup>39</sup> Nicol, Eduardo, "Introducción" a Smith, Adam, *Teoría de los sentimientos morales*, cit., pp. 26 y 27.

GONZÁLEZ, Zeferino, *Historia de la filosofía*, Madrid, Imprenta de B. M. Araque, 1879.

MARTÍNEZ DEL CAMPO, Rafael, *Ética*, 2a. ed., México, Jus, 1958.

SMITH, Adam, *Ensayos filosóficos*, trad. de Carlos Rodríguez Braun, Madrid, Ediciones Pirámide, 1998.

———, *Teoría de los sentimientos morales*, trad. de Edmund O’Gorman, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1941.